Hablan, no de las pasiones que agitan las ciudades, sino de lo mas grato que les ofrecen los campos y su futuro himeneo. Hablan del sitio encantador que habitan en el fondo de un valle, en la confluencia de dos riachuelos; de la viña agrupada al olmo que ha de dar sombra á su cabaña; de su mutua ternura, y de la de sus padres, que dura aun en el último término de la vida y á la que esperan igualar un dia: su ambicion no pasa de ahí. — Felices, mil veces felices amantes! Todo su porvenir se compone de los bienes de que gozan, y de los sentimientos de que estan animados.

CAPÍTULO XXII.

DE LA CIVILIZACION DE LAS ALDEAS POR MEDIO DE LAS MUJERES.

PROSIGUE EL MISMO ASUNTO.

DEDICADO A LAS SEÑORAS,

Á LOS ALCALDES Y Á LOS CURAS DE ALDEA.

> Entretanto la madre de toda la familia prepara una comida sencilla á su esposo y á sus caros hijos, que han de volver cansados del trabajo del dia. Ordeña sus vacas y sus ovejas, y por resultado se ven manar riachuelos de leche. Enciende una hoguera grande, á cuyo derredor toda la familia inocente y pacífica se recrea cantando, y rindiéndose por fin al sueño.
>
> (FENELON, *Telémaco*, lib. X.)

La ignorancia de la gente del campo, su grosería y su miseria, no son muy á propósito para la composicion de un idilio, ni el cuadro que acabamos de bosquejear se encuentra sino muy rara vez en nuestras aldeas. Sin embargo yo lo he visto en ellas; en el seno de algunos cortijos privilegiados, en que se daba cumplimiento á la ley civilizadora del universo, y en donde por el solo efecto de esta ley, las mujeres habian embellecido, habiéndose allí moderado todo; vida, costumbres y trabajo.

La gran desgracia de nuestras aldeas es la degradacion de las mujeres por efecto de estar haciendo trabajos que corresponden á los hombres. En su primera edad conducen el ganado y recogen los frutos. Un instinto de coquetería, y las previsiones de sus madres las apartan, miéntras solteras, de las duras fatigas del cultivo; pero luego de casadas, todo cambia, abandonan la casa y siguen á su marido al campo. Véselas ó encorvadas hácia la tierra como peones de albañil, ó cual bestias de carga, llevando pesos enormes. Hay comarcas en Francia, no digo en África, en que son uncidas al carro al lado del buey y del asno; con semejante vida, su cútis se arruga, su semblante se pone negro como un carbon, sus fisonomías toman carácter varonil, y caen en una decrepitud anticipada, mas asquerosa que la de la vejez. Pero miéntras ellas hacen los trabajos de los hombres, los de la mujer, que hacen ménos sensibles todos los demas, quedan olvidados ó abandonados. No hay cosa mas sucia ni ménos sana que el interior de una cabaña. Con no poca frecuencia las gallinas, los patos, los cerdos se disputan en ella los charcos de fango. La puerta hundida en el lodo, y las ventanas, cuando las hay, dan al mismo depósito de la basura. Allí sin embargo, allí, en aquel tabuco hediondo como la cueva de un salvaje, en medio de los gruñidos de los animales y de sus fétidas emanaciones, cada noche dos seres humanos, el varon y la hembra, van á reposar de sus fatigas. Allí nadie les acaricia al llegar, nada lisonjea sus miradas, la mesa está vacía y el hogar helado. Allí, en fin, esperan á la mujer otros trabajos, y ántes de procurar por la cena de su marido y de sus hijos, ha de atender á la caballeriza y á la cena del ganado.

¡Qué diferencia, si dejando al hombre el trabajo duro de la tierra, y limitando los suyos al interior

de la casa, la mujer, en su prevision graciosa, lo hubiese preparado todo para cuando el marido se retirara del trabajo! Brillara la llama en el hogar: en una mesa limpia y aseada por su mano, humearan á un tiempo una sopa con su porcion de manteca, y altas pirámides de castañas y patatas, entreabiertas y calientes. Casera solícita se presentaria á su marido en medio de la abundancia y rodeada de sus inocentes hijos. De este modo la vida natural de un aldeano debiera ser una vida feliz y sosegada. Pero nada le da idea de esta felicidad: no conoce el bienestar, el atractivo de las caricias, ni aun el poder del amor. Antes adversario que protector de unos seres tan débiles, no conoce mas ley que la fuerza, sus hijos tiemblan en su presencia, y la mujer teme el vigor de su brazo. La última razon del aldeano en su cabaña y en el campo, es la pesadez de su puño.

Y si se nos piden ejemplos, citaremos provincias enteras, las mas ricas y las mas pobres de la Francia: el Perigor, donde las mujeres viven en estado de inmundicia y de abyeccion, que refluye en toda la familia; la Picardía y el Limosin, en donde humilladas al último rango como una raza inferior, sirven á sus maridos en la mesa, sin sentarse jamas á su lado; la Bresse, donde sirven de peones de albañil, de animales de carga y de labor; la Baja Bretaña en fin, donde el hombre, la mujer y los hijos, reducidos al estado poco ménos que salvaje, viven mezclados en el mismo tabuco, comiendo el alforfon en la misma artesa, con los carneros y los cerdos. En todas partes la humillacion de la mujer es la prueba del embrutecimiento del hombre; y en todas partes el embrutecimiento del hombre es la reaccion de la humillacion de la mujer. ¡En vano se les ofrece el bienestar, le desechan como cosa extraña ó inútil! Para desear el bienestar, es menester comprenderle, y los siglos

han pasado por sus cabañas sin dejar en ellas otras ideas que las del trabajo ó la miseria.

Tal es la situacion de las aldeas en casi toda la Europa CIVILIZADA : tales los idilios y las bucólicas de pueblos que creen seguir el Evangelio. Y lo mas triste es, que todos estos espectáculos admiran á nuestros ojos, sin tocarnos al alma, sin conmoverla. Con el tiempo hemos contraido un hábito de verlo, y este hábito no nos deja apiadar de tanta miseria. Pobres gentes, tan insensibles las vemos á su propia miseria, que ni siquiera nos ocurre la idea de aliviársela. No parece sino una especie distinta, una especie inferior colocada allí siglos ha, para desmontar la tierra, traer sus frutos á la ciudad, sus granos á nuestros trojes, y recibir de nosotros toda clase de desprecios y algunas monedas en cambio del pan que nos dan.

Dos medios muy sencillos se ofrecen, sin embargo, para mejorar la suerte de los pobres aldeanos.

El primero es : establecer con alguna extension una instruccion primaria para las niñas, que las ponga en estado de dirigir un dia los negocios interiores de su casa, y de educar por sí mismas á sus hijos. Establecer en las aldeas la superioridad intelectual de las mujeres sobre los hombres, aunque sea pasajeramente, es volver á las mujeres su influencia, aquella influencia vivificadora que enriquece las chozas y civiliza los pueblos. Por esto dijimos al principio de esta obra que todas nuestras leyes de instruccion primaria eran insuficientes, porque ántes que todo, y con preferencia á todo no fundaban escuelas para las niñas. Jamas la instruccion echará en las aldeas raices profundas, si no llega á los niños por medio de las madres, y por medio de las mujeres á los hombres. El maestro público no es mas que un instrumento árido que hace repetir el alfabeto; la madre de familia es un poder moral que fecunda el pensamiento,

al mismo tiempo que abre los corazones al amor, y las almas á la caridad.

El segundo medio, consecuencia necesaria del primero, consiste en volver á las aldeanas á los trabajos de su sexo, en volverlas á la ley de la naturaleza. Este cambio tan sencillo seria una revolucion completa. La mujer volviendo á sus trabajos recobra su belleza; y recobrando su belleza, recobra tambien su poder. Ocupada en cosas ménos groseras, sus gustos se purifican, sus modales se suavizan, procura que todo esté limpio, comprende lo que es bienestar, y llega un dia en que todos sus pensamientos, todos sus deseos penetran en el corazon de su marido. La delicadeza de la mujer es el enemigo mas poderoso de la barbarie del hombre.

Se dirá tal vez que separar á las mujeres de los duros trabajos de la tierrra, es arruinar al labrador. Nosotros contestaremos que muy léjos de querer arruinarle, pensamos en enriquecerle. Ciertamente las ocupaciones caseras no son ni ménos numerosas, ni ménos fecundas que las de los campos; si para manejar la azada se necesitan brazos vigorosos, para recibir las mieses, coger los frutos, cuidar del ganado, preparar los lacticinios, hilar la lana y el cáñamo, y conservar las cosas y las casas con aseo y limpieza se necesitan manos cuidadosas y delicadas.

La tierra, para producir, necesita del choque que le hace trozos; la casa no prospera sino con la prudencia del que la cuida, y en todas las casas en que se emplean las mujeres en los trabajos del hombre, quedan sin hacerse los de la mujer, es decir, que ninguna luz del corazon, ninguna inspiracion moral, se mezcla en los hábitos de la vida material; que los criados no tienen guia, ni los maridos consejero, y los niños quedan abandonados.

Cuando Salomon quiso pintar la prosperidad de

una casa, no se le ocurrieron los trabajos del hombre, sino la grata influencia de la mujer: la cual es el propio asunto de su cuadro. Atribuye á la mujer todos los favores de la fortuna, y hasta la sabiduría, que hace honor á su marido. La presenta vigilando los pasos de los suyos y levantándose casi aun de noche para distribuir la lana á las criadas. La razon se expresa por su boca, la indulgencia descansa en sus labios, y jamas se la ve comer el pan en el ocio. De este modo los criados la respetan, los desdichados la bendicen, y cuando se presenta revestida de fuerza y de belleza, los hijos se levantan y la llaman feliz, y el marido, uniendo sus elogios á los de sus hijos, le dice: Muchas son las mujeres que han enriquecido su familia, pero vos les habeis llevado ventaja por el órden y prudencia que reinan en vuestra casa. La recompensa de la mujer fuerte en la Biblia, es el respeto de los hijos, el amor de su marido y los homenajes de cuantos la rodean.

Estos son los sentimientos que ha de producir la civilizacion de las aldeas. Que el legislador los haga nacer, y no tardaremos en admirar en las cabañas de las aldeas las mismas virtudes que en tiempo de Salomon formaban las delicias en los palacios de los reyes.

No por esto se crea que nuestra intencion sea no dejar á las mujeres parte en el cuidado de los campos. Hay trabajos preparados para sus manos; la cosecha de las legumbres, y el cuidado de los frutos pueden interpolarse agradablemente con los cuidados caseros. Estos trabajos no son ni los ménos útiles ni los ménos lucrativos: la naturaleza ha puesto en ellos el principio de toda civilizacion, y para conducirnos á ella ha hecho de los mismos una fuente de riqueza. Thomery y Montreuil eran poco ha dos tristes aldeas, cuyos groseros habitantes perecian en la

miseria; el cultivo de un fruto confiado á las mujeres los ha sacado de ella. El suelo de Thomery tiene unas cuatro cientas fanegas de áridas canteras, que en el tiempo de Enrique IV se llamaban *effrondrés;* se han plantado de viñedo y producen millones. No hay tal vez en el globo comarca mas encantadora, poblacion mas hermosa, ni mas digna de la meditacion del legislador. Es en pequeño una república agrícola que vive como una gran familia, y cuyos habitantes todos son ricos, laboriosos y felices. Los trabajos de las mujeres son fáciles: deshojar las cepas para dejar pasar el sol, quitar de los racimos los granos averiados, cortar el fruto sin ajarlo, y al tiempo de la venta ir al bosque á recoger el breso con que ha de envolverse y aromatizarse la uva. Todas estas cosas requieren una delicadeza y un cuidado de que solo es capaz una mujer. El arte de componer las cestas, es decir, de embalar la uva, forma por sí sola una ciencia completa: las niñas que la poseen son muy buscadas, y este talento suple algunas veces la falta de dote. En el invierno las mujeres cuidan de sus frutales, en los que mezcladas con las albillas que conservan, se ven innumerables líneas de peras y manzanas que sus maridos van á vender á la Auvernia, y cuyo comercio les produce grandes beneficios. De este modo por el solo cultivo de un fruto y la influencia omnipotente de las mujeres, vueltas á sus trabajos naturales, los aldeanos de Thomery han pasado de la miseria á la comodidad, de la barbarie á la civilizacion (1). La historia de Montreuil es todavía

(1) No léjos de Thomery se halla una parroquia bastante grande llamada Champagne: las mujeres se dedican allí á los mismos labores de la tierra que los hombres; pero reaparecen la rusticidad y el desaliño; las costumbres se degradan, los niños abandonados corren por los campos cubiertos de andrajos, y algunos de ellos pidiendo limosna. Parece hallarse uno á cien leguas de Thomery, y solo el Sena divide los dos pueblos.

mas interesante. En tiempo de Luis XIII era una miserable aldea en que de tanto en tanto se hallaban algunos de aquellos animales huraños que pinta Labruyere, machos y hembras, negros, lívidos, encorvados hácia la tierra, y que puestos en pié, dejan ver un semblante humano (1). En el dia este mismo pueblo se ha transformado en una villa rica, poblada de cuatro ó cinco mil almas, y todos sus habitantes, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, invierno y verano se dedican al cultivo del melocoton, con cuyos brillantes y sabrosos frutos cubren nuestras mesas por espacio de quince semanas. Un pobre caballero de San Luis, llamado *Girardot*, fué el que introdujo allí este cultivo. Cargado de servicios, pedia en Versailles una pension que no pudo jamas conseguir. Lacerado su corazon de tristeza, se salia de las antecámaras y bajaba á pasearse en las hermosas huertas de cierto Quintinia, famoso jardinero, que se complacia en enseñar su arte. Este reparó en el anciano caballero, le habló, se agradó de su conversacion, y admirando su destreza, para distraerle le puso en las manos los útiles para el cultivo, del mismo modo que lo habia hecho con el gran Condé y con Luis XIV. En aquella época se dedicaba á perfeccionar el melocoton, y con el secreto de un cultivo nuevo daba á sus frutos el aroma y el colorido afelpado de las flores mas exquisitas. Feliz en su primer ensayo, acababa de inventar unos espaldares que, colocados entre sí á poca distancia, multiplicaban el terreno y doblaban el calor, volviéndoselo recíprocamente. Esta invencion, que concentra los rayos del sol, sorprendió vivamente á Girardot, y resolvió ensayarla en Bagnolet cerca de Montreuil, donde tenia una casita y tres fanegas y media de tierra. Esta noble y generosa resolucion le libró de todos sus cuidados; pero

(2) Caractéres : cap. X.

estaba bien distante de prever entónces los brillantes resultados que iba á conseguir. Para cambiar las costumbres de un pueblo, basta muchas veces cambiar el cultivo : este hizo su revolucion, y libró á las mujeres de los pesados trabajos del campo. En lugar de la azada y de la pala puso en sus manos un canastillo de frutos, y con la rusticidad desapareció la miseria. Una serie de hermosísimos jardines reemplazaron las tierras incultas y malsanas, y los preciosos espaldares por el estilo de Montreuil, civilizaron el pais.

Del mismo modo se han ido sucesivamente transformando muchos pueblecitos cercanos á la capital, cuya inmediacion les ofrecia mayor facilidad para ello, y los mismos resultados pueden obtenerse, por los propios medios, en las comarcas mas ásperas y mas aisladas : testigo el Vivares de otro tiempo, y el Vivares de hoy. En las mismas cúspides de sus montañas volcánicas, en las entrañas mismas de sus volcanes, en medio de torrentes de lava, sin cultivo y casi sin vegetacion, se veian todavía pocos años ha los restos de algunas colonias salvajes, cuyo aire tosco y fiereza recordaban las costumbres de los antiguos Elanes (1) de Escocia. Estas colonias iban siempre armadas, y era su desgracia tal, que ni la misma religion habia bastado para suavizar sus costumbres; veíaseles cada domingo salir de sus casas, vestidos de lana parda, por el estilo de los Corsas, con un calzado de madera del grueso de muchas pulgadas, y su fusil al hombro. En este traje iban á la iglesia, dejando las armas en la puerta; hacian sus devociones con un profundo recogimiento, en seguida volvian á tomar su fusil y se iban á la taberna. Una alegría feroz, cuenta un viajero que recorrió aquel pais á fines

(1) Especie de tribu incivilizada.

del último siglo (1), reemplaza la oracion y la compuncion; los he visto varias veces reunidos en una mesa hasta unos treinta, cada cual con su pistola al lado, altercando, gritando, emborrachándose y terminando por lo regular sus reuniones con el asesinato de alguno de sus compañeros.

Tal era el estado de ciertos puntos del alto Vivares en 1770. En el dia todo ha cambiado. Ya se acabaron los hombres armados, los salvajes, los homicidas, pero tambien se han acabado los baldíos, la miseria, el aislamiento. Cómodas carreteras cruzan por todas partes las montañas, elevándose ricos pueblos sobre las ruinas de miserables aldeas. La conveniencia se halla en todas partes en lugar de la indigencia, la humanidad en lugar de la barbarie: los hombres son bravos y vigorosos; las mujeres, bellas y laboriosas; vense aparecer en las puertas de cada cabaña hermosas jóvenes con ojos negros, manos delicadas, y grupos de niños cuyo exterior prueba la conveniencia en que viven sus padres. Parece un pueblo nuevo, y solo es una generacion nueva, nacida al abrigo de un árbol desconocido de las generaciones antiguas.

Este árbol es la morera. El cultivo de un vegetal y la cria de un gusano han sido suficientes para realizar tantos prodigios. Para apreciar todo el valor de este cambio, es menester ver el pais. Todo el término del Vivares se reduce á corrientes de lava roja y negra, á rios de ceniza, á malecones parecidos á los de Irlanda, y á masas de basalto que encajonan los torrentes y coronan las montañas. Frente de Aubenas se elevan tres líneas de montes en forma de anfiteatros cual dilatadas graderías, hasta á los llamados Cevennes, en que terminan. Todo aquel territorio ha ardido; y si sus volcanes volviesen á encenderse,

(2) Faujas de Saint-Fond, *Volcanes apagados del Vivares*, volum. en fol. p. 319.

Aubenas veria á su derredor sesenta montañas echando llamas.

Pues bien! esas mismas montañas, tanto tiempo estériles, se hallan hoy plantadas hasta sus cúspides; sus llanuras, tanto tiempo incultas, estan hoy verdes y fecundas; cada pueblo tiene su plantacion; y hasta ellos mismos parecen canastos de verdura. Aubenas es una colina pintoresca cubierta de casas, en medio de un prado cubierto de moreras. La morera se halla en todas partes, y se ha multiplicado con tanta facilidad que se la creria indígena. Cuando subiendo la cuesta de Villanueva de Berg, se llega á la cima del monte, se extiende una ancha llanura que cubre en toda su extension unas rocas que no parecen propias de aquel terreno, siendo como una lluvia de areolitas ó piedras caidas del cielo; las hay mayores que casas. Es imposible averiguar como han parado allí; á sus inmediaciones no se ve montaña alguna que domine aquello: parecen piedras sacadas de Carnac, pero á millares, pero innumerables. En medio de este caos se halla tambien la morera, que despues de haber fecundado los volcanes pasa á fecundar las rocas: hasta en los espacios mas reducidos se ve crecer aquel árbol.

De este modo se ha transformado el Vivares. Un cultivo nuevo ha cambiado la suerte de las mujeres, y por medio de las mujeres se ha dulcificado la brutalidad de los hombres. ¿Quereis civilizar un pais? dadle una planta útil á los paises vecinos, de un cultivo fácil y que pueda ocupar á las mujeres en sus casas. La planta trae el comercio, el comercio los caminos, y con los caminos vienen las ideas. El comercio enriquece, los caminos civilizan. En vano hemos buscado en Thuye aquellos hombres medio salvajes que iban armados á la iglesia y á la taberna, y cuya pintoresca á la par que terrible descripcion

debemos á Faujas de Saint-Fond. Entónces no habia caminos : hoy una excelente carretera por tres ramales distintos facilita la comunicacion de la montaña. Bosques de moreras se extienden por todas las vertientes de arriba abajo á perder de vista. Las hay hasta en las cenizas rojas de la Gravene, hasta en los abismos de la boca llamada del Infierno. Al traves de estos bosques verdosos llegamos á Thuye. La primera casa que se encuentra al entrar en el pueblo, es una casa de lujo, rodeada de un hermoso parque; la segunda es una escuela de primeras letras, y la tercera una posada. Esas montañas, habitadas en otro tiempo por hombres feroces, y en las que no se penetraba sin espanto, se han convertido en sitios de recreo para los habitantes de las ciudades. Los viajeros hallan en ellos un abrigo y los niños reciben allí instruccion : un solo árbol ha hecho tantos prodigios !

¡ Un árbol, un hombre y las mujeres ! Pues que los beneficios de la naturaleza no aparecen desde luego á todos los ojos, para descubrirlos se necesita la inteligencia del genio, y para propagarlos el trabajo de las masas. Olivier de Serres, ilustre autor del *Teatro de agricultura*, fué el hombre emprendedor á quien cupo tal suerte, pues las primeras moreras que se vieron en el Vivares (1) fueron plantadas por su cuidado en sus propiedades de Pradel, á una legua de Villanueva de Berg. Enrique IV, que oyó hablar de sus adelantos, le escribió y le pidió planteles (2) de este árbol, para (decia á Sully) *quitar la ociosidad* de

(1) Prólogo de la obra : *Teatro de agricultura.*

(2) La primera morera traida de Italia á Francia, fué plantada en el pueblo de Allan á una legua de Montehmart, hácia el año 1500. Existia aun en 1802; su tronco estaba separado en tres partes, y sus ramas caducas se vestian aun cada primavera de hojas y de frutos. Era la madre de todas las moreras que en el dia cubren el suelo francés.

entre mis pueblos. Contestóle Olivier, remitiéndole veinte mil moreras de sus criaderos de Pradel. Para dar un gran ejemplo á la Francia, el buen rey las hizo plantar á su vista en el jardin de las Tullerías. La correspondencia entre un rey y un labrador, entre el padre del pueblo y el bienhechor del Vivares, con motivo de un árbol, es ciertamente una hermosa página de nuestra historia. Pueden verse los pormenores en el prólogo del *Teatro de agricultura* y en las *Memorias de Sully*. Sin embargo como no se trataba de batallas, ni de victorias, los escritores modernos han callado, sin duda por no haber hallado en todo ello cosa alguna suficientemente dramática para la posteridad.

Existe aun la antigua habitacion de Olivier de Serres. Es una casa cómoda, pero sin lujo, situada como todas las del pais en medio de un campo de moreras. Sus ventanas miran á colinas y llanuras igualmente plantadas de este precioso árbol. Tal es el parque y su jardin, el parque señorial de Pradel. Podria decirse que no lo hay mas vasto, ni mas magnífico, pues que los bosques que han salido de él, se tocan y se extienden sin interrupcion en un espacio de veinte leguas. Dos siglos ha tardado el árbol en invadir las montañas y los valles, y en formar la inscripcion viva que ha de contar eternamente los beneficios de este grande hombre.

Habrá como cuatro años que, recorriendo aquellas comarcas, el aldeano que nos guiaba nos dijo, que habiendo en 1815 enseñado la casa de Olivier de Serres á dos ingleses que pasaban á los baños de Vals, al llegar á la puerta se arrodillaron ambos, como hubieran podido hacerlo en el atrio de un templo santo : honrando con una accion tan persuasiva al que habia civilizado aquel pais. Y si consideramos las preocupaciones nacionales, que nos separan de la

Inglaterra, no podemos ménos de reconocer todo el valor de un homenaje como este. Restablecer por medio de la admiracion la fraternidad del género humano, es un privilegio de los bienhechores de los hombres.

Pero el hecho mas curioso y que presenta en todo su resplandor la gloria de Olivier de Serres, es la situacion del pais vecino. Al llegar á la cumbre de la montaña que separa Thuye de *Narse*, se halla un dilatado bosque de abetos, oscura cortina que parece señalar los límites de ambas comarcas, el Vivares y el Vales. Allí, en un clima áspero, espira el árbol que da la seda, y se entra en un pais nuevo; las montañas estan desnudas, las tierras mal cultivadas, se acabaron los risueños verjeles y las plantaciones; no hay trabajos suaves para las mujeres, hojas que recoger, ni insectos de que cuidar. Allí todo cambia, la belleza física y la belleza moral desaparecen á la vez. Las mujeres, aniquiladas con los trabajos de los hombres, envejecen ántes de la edad propia para ello, los hombres son duros y groseros, los muchachos feos y malos: parecen de otra raza. Sin embargo no hay entre ambas comarcas mas diferencia que un árbol.

No citaremos otros ejemplos, porque los que acaban de leerse han debido fijar la atencion, y abrir nuevos caminos á la beneficencia y á la humanidad. Resumiendo los principales puntos tratados en este capítulo, diremos:

Que la grosería y la miseria de casi todos los habitantes de las aldeas, es un sonrojo para el mundo civilizado.

Que el mejor medio para hacer cesar esta barbarie, es volver á las mujeres las ocupaciones de su sexo.

Que volver á las mujeres las ocupaciones de su sexo, equivale á prolongar su vida, su juventud y su belleza; es entrar de nuevo en las leyes de la simple

humanidad, siguiendo la observacion de Buffon, que dice que las aldeanas envejecen mas pronto, y mueren tambien en mayor número que los hombres á causa de los duros trabajos con que se las oprime.

Que los trabajos habituales de la mujer deben concentrarse en los cuidados de la casa y en la educacion de sus hijos.

En fin que dulcificar la suerte de las aldeanas, es el principio de toda civilizacion, y que se puede conseguir de dos maneras, en la casa por las ocupaciones anexas á ella, y en los campos por el descubrimiento de una planta, ó el cultivo de un fruto. Hecho esto, nada mas fácil que la obra de la regeneracion: todas las almas son llamadas á ella, porque todas las plantas útiles son numerosas; las hay para todos los sitios, para todos los climas. ¡Quién ha de temer no hallar la que conviene á su valle ó á su montaña, cuando la Providencia nos envia del fondo de la Persia, de la Arabia y de la China el melocoton, la vid y la morera, no solo para enriquecer reinos grandes, sino para civilizar miserables aldeas, de que los reyes de la tierra no se habian acordado jamas!